

Papá Osito

Por Samantha Cuncannan



Las luces brillantes bailaban y giraban enfrente de los ojos. Yo olía a palomitas de maíz, limonada, y sudor. La muchedumbre me rodeaba. Dulce de algodón y una oreja de elefante llenaban el estómago, el sabor del azúcar y la canela persistían. El corazón también estaba lleno. Lleno de amor, afecto, y alegría. Mi padre y yo caminábamos juntos, hablando del día que pasábamos en el festival. Montábamos, jugábamos, y simplemente nos divertíamos. Yo no pasaba mucho rato con mi padre a causa del divorcio de mis padres cuando yo tenía cinco años. Por eso, todo el tiempo que tenía con mi padre me importaba mucho.

Casi estábamos a la salida cuando la música fuerte entró las orejas y luces verdes y amarillas me dejaron. Había animales grandes y pequeños, de todos colores del arco iris, cubriendo las paredes.

“¡Papá!” yo grité. “Quiero ganar un animal. ¿Puedo jugar por favor?”

“Ah, sí, yo supongo,” él suspiró y me dio un dólar.

Me acerqué al trabajador, a quien le faltaban dos o tres dientes y tenía la piel tan arrugada como una pasa.

“¡Niña linda! ¿Quieres tratar mi juego? Solamente cuesta un dólar por tres intentos,” él

dijo con un guiño.

Tímidamente, cambié el dólar por tres pelotas de béisbol con costuras rasgadas. Al lado del hombre, las botellas formaron una pirámide. El objeto del juego es derribar todas las botellas.

“¡Puedes hacerlo, Sparky!” exclamó mi padre, usando el apodo que ha usado desde mi nacimiento.

Tiré la primera pelota. No viajó muy lejos antes de caer al piso.

“No te preocupes chica, todavía tienes dos intentos,” me dijo el trabajador.

Traté otra vez. Apunté a mi presa y tiré. La pelota voló, acercando la montaña. ¡Chocó con una botella!

“¡Gané, gané, gané! ¡Papá, mira!” Salté emocionadamente.

El río amablemente y me informó que necesitaba derribar más de una botella, necesitaba derribarlas todas. Un ceño se arrastró en la cara.

“¡Pero no puedo chocar con todas! Y quiero este osito de peluche,” me quejé y señalé un oso con pelo azul como el océano y diamantes negros espumosos como ojos. No quería los animales tan grandes como otros niños sino el oso diminuto.

“Pues, si quieres, yo podría tratar de ganar,” dijo mi padre.

“¿De verdad? ¡Por favor papá!” chillé con placer y le di la última pelota.

Las luces brillaban en el pelo negro. Estiró los brazos nervudos y la bola de nieve zumbó pasando la cabeza. Chocó con el centro de la montaña y todas las botellas se cayeron como copos de nieve.

Grité con alegría y abracé a mi padre. El viejo me preguntó qué premio quería e inmediatamente señalé al oso. Me lo dio con una sonrisa grande y dijo, “Buenas noches cariño. Da las gracias a tu padre.”

“¡Por supuesto señor! Muchas gracias,” respondí.

Miré a mi nuevo amigo y dije, “Voy a llamarte Blue-Blue.” A mi padre le dije, “¡Tú eres el mejor padre del mundo!”

“Y tú, la mejor hija”, me dijo con amor y un abrazo cariñoso.

Todavía tengo Blue-Blue. Para mí, es una representación de mi padre. Aunque él no pueda estar conmigo todo el tiempo, Blue-Blue puede, y me recuerda el amor de mi padre. El pelo enmarañado ha sentido mis lágrimas, los diamantes negros han visto mis éxitos y mis fracasos. Las orejas peludas azules han oído risa e ira. Cuando no hay nadie más, puedo abrazar a Blue-Blue y yo sé que todo va a estar bien.